

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discipulos)

Núm. 92

EL SANTO DE CARNE

Aquella tarde estuvo muy concurrido el confesonario de Mosen Juan, como que era víspera de Jueves Santo. Se confesaban sólo los señores hombres y, después de rezar un poco, salían á charlar un ratico á la plaza.

Mosen Juan, desde el confesonario, atisbaba á un hombre que, arrodillado en un rincón, parecía muy contrito, pues movía muy aprisa los labios y suspiraba fuerte. No iba vestido del calzón de la tierrika, sino que llevaba enfundadas las piernas canijas en sendas perneras verdaderos mosaicos de retazos y recortes. La manguada capa también se componía de verdaderos, de diversos retales, y por ende tenía más costuras de las ordinarias. Todo lo cual decía bien á las claras que nuestro hombre era sastre, y sastre en jefe del pueblo, pues era el único. La crónica lugareña por boca de las tías, susurraba que el sastre se vestía de sisa; pero él protestaba contra tamañas calumnias.

El señor cura, cada vez que terminaba de confesar un penitente, miraba al rincón y el sastre tosía. Pasaban uno tras otro los penitentes; pero el sastre, suspira que suspira, no se movía de su sitio. Poco á poco se fué quedando desierta la iglesia, y por fin solos quedaron Mosen Juan y el sastre. Entonces la figura acurrucada del maestro de la aguja se desdobló, púsose tiesa como una espetera, suspiró con más fuerza, hizo genuflexión ante el Santísimo y volvió á doblarse delante del cura.

El cual apostrofó á su penitente con este ex abrupto:

—Mucho suspiras, Perico —pues así se llamaba el sastre.—¿Es que te pesan los peccadicos que has cometido durante el año?

—Me pesan los de ^{los demás} ~~otro~~, señor cura.

—¡Carape! ¿Y los tuyos?

—No tengo ninguno.

—¿De veras?

—De veras.

—Siquiera alguna mentirica, alguna sisa, algún desviamiento de tijera...

—Nada, nada—interrumpió el sastre.

—Pues ¿por qué vienes á confesarte?

—Por justificarme, Mosen Juan. Dicen de mí, y muy mal dicho; hablan y muy mal hablan; me calunian y muy mal calunian. Por eso su piro, por los pecados ajenos; por eso, señor cura, por eso.

—Pues tú eres un santo, Perico.

—No tanto, señor cura.

—¡Y santo muy grande, carape! Si dice el Evangelio que el justo cae siete veces al día...

—Pues se equivoca el *vangelio*.

—No disparates, bárbaro: Dios no se equivoca, Y si Dios dice que el justo cae siete veces al día, es decir, muchas veces, tú, que no caes nunca, eres un gran santo.

—Señor cura..

—Es la pura verdad. Perico, tú debes estar en los altares. ¡Un santo en mi parroquia!.. ¡Providencia divina! ¡Y el que menos me pensaba! Vaya, hijo, no te doy la absolución porque no hay materia; pero te doy mi bendición *in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*..

—Amen—terminó el sastre enderezándose, mientras el confesor se quitaba la estola.

El santo feligrés volvió á arrodillarse en su rincón con mística compostura, doblando el cuello como higo maduro, entornados los párpados, entreabiertos los labios para dar paso á un murmullo, mezcla de oraciones y suspiros... Eso por fuera, que por dentro le bailaba el alma de puro contento. ¡Carraispis! ¿No había de estar alegre? Mosen Juan le creía un santo, y su fama haría averiada por chimerías de arroyo, renacía limpia de sospechas en el ánimo del cura.

Este, después de salir del confesonario, estaba pensativo en medio del presbiterio, rascándose la barba con el índice y mirando, ora al nuevo santo de carne y hueso que tenía en su parroquia, ora á la bóveda de sobre el altar mayor. Luego, tras de la corta cavilación, se dibujó en sus labios una so-

risa indescifrable, y dijo dirigiéndose al devotísimo sastre:

—Oye, si no te molesto, ¿quieres ayudarme á bajar aquel santo de su pedestal?

—¡Vaya, no faltaba más! Con muchísimo gusto.

El santo á que se refería Mosen Juan, era un San Roque tallado en maderas, que estaba colocado en lo más alto del altar mayor y á su izquierda. Las sombras de la bóveda medio lo ocultaban y le daban un aspecto misterioso.

—Necesito arreglarlo un poco, que el pobre está algo viejo, prosiguió el cura, arrememos la escalera, tú subes con una cuerda y me lo descuelgas desde arriba.

—Sí, señor, así lo haré.

—Pero no te ruende la cabeza.

—No hay cuidao.

Una vez arriba el sastre, empezó á descolgar el santo, y el cura apartó la escalera para que no tropezara en ella la estatua. Cuando terminó el descenso dijo el señor cura:

—Suelta la cuerda, Perico,—y el sastre la soltó. Entonces el cura metió en la sacristía las cuerdas, la estatua y, por último, la escalera.

¡Chis! ¡chis!—decía el sastre alarmado.—¿Qué hace usted?

El cura, que se hacía el sordo, cogió su sombrero, se arrodilló un momento y se dirigió á la puerta con ánimo de abandonar la iglesia, sin hacer maldito el caso del sastre.

—¡Señor cura! ¡señor curaaa!—gritó éste.

—¿Qué hay?—contestó el presbítero con aire de extrañeza.

—¿Se olvida usted que he de bajar de aquí?

—¿Qué estás diciendo, Perico? Tu sitio es ese. Eres santo y has de estar en tu hornacina. ¿De qué te quejas?

—¡Pero, Mosen Juan!—gimió el sastre.

—Ruega por mí, Perico de mi alma—terminó el cura saliendo de la iglesia.

Y quedó solo el sastre. ¡Ay pobre, qué cara le iba á salir su santidad! Allí, á su lado, un San Antonio de barbas

venerables, parecía semisumido en contemplación profunda; debajo de él un angelote semidesnudo tendía las alas de oro; más á la derecha le miraba de hito en hito un San Miguel con su espada desenvainada y parecía decirle: ¿Qué haces aquí? Aquellos ojos inmóviles posados sobre él, aquellas estatuas silenciosas, de mirada fija como la de los muertos, aquellas sombras que bajaban de las bóvedas cada vez más densas, aquel silencio sepulcral y hasta el chisporroteo de la lámpara del Santísimo, cada cosa separada y todas juntas infundían en el ánimo del sastre, ya temeroso de suyo, un pavor que le hacía dar diente con diente y hasta rodilla con rodilla.

—¡Ay, glorioso San Miguel! —murmuraba el pobre mirando de soslayo al arcángel—yo no estoy aquí por mi voluntad.

—¿Pues por qué has dicho que eres santo?—parecía contestarle la estatua con voz terrible,

El sastre apartó los ojos de aquellos otros que le daban miedo y los volvió á la hornacina que le cobijaba. Una araña negruzca agitaba las patas buscando la cara del sastre, admirada á la vez de la movilidad de su nuevo huésped.

—¡Uf!—dijo éste—y aplastó la araña, con el hombro. Quiso luego sentarse acurrucarse al menos; imposible. Tenía que mantenerse derecho sobre el pedestal, pues cualquiera otra postura era peligrosa.

¡Qué congojas las del sastre! Entonces si que rezaba con devoción y decía: «¡Santos gloriosos que estáis á mi lado, ángeles benditos, soy pecador! ¡No soy santo, no! No miente el evangelio! ¡Yo siso, yo soy embustero! ¡Perdón, santicos perdón!»

Entretanto la noche se venía encima: llegó la hora del Rosario y la campana llamó á los fieles. El sastre cobró esperanza. Cesó de tocar la campana y se oyeron los pasos del sacristán que bajaba de la torre mientras dos viejas entraban en la iglesia.

—¡Pst! ¡Pst!—dijo el sastre. El sacristán miró hacia arriba asustado.

—Pelegrín, soy yo—continuó el sastre con angustia.

—¡Jesús! clamó el sacristán, mirando hacia donde salía la voz, sin poder descubrir la persona que la producía, porque las sombras la ocultaban.

¡Pelegrín! ¡Pelegrín!—volvió á clamar con mas ahinco el de arriba; pero su voz, ahuecada y desfigurada por las bóvedas, llegaba al sacristán como cosa del otro mundo.

—¿Qué quieres, santo glorioso?—contestó el de abajo postrándose y enlazando las manos delante del pecho.

—¡Milagro!—gritaron las mujeres, y

la noticia salió á la plaza, cundió por el pueblo y el templo se llenó rápidamente. Entonces entró el cura.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?—repetía.

—Un santo que habla—le respondieron.

—¡Mosen Juan!—gritó el santo con una voz que parecía un lamento.

—Pues me llama, ¿qué querrá el santo bendito?—dijo el cura acercándose al altar.

Entretanto el sacristán había encendido algunas velas y todos pudieron ver que el santo llevaba pantalones.

—¡Ay, si lleva pantalones!

—Si es de carne.

—¡Rediez!... ¡Un santo de carne!

—¡Un santo de carne!—repitieron todos.

—¡Soy yo, hermanos!—dijo el santo de carne y hueso—soy Perico el sastre.

—Ya lo oís—afirmó el cura—es el sastre, que es un santo y os habla desde el altar.

—¡Ay, porretero! ¡Y es verdad!

—¡El sastre santo! ¡Jé! ¡Jé!

—¿Santo el trapacero?—dijo una mujer, y prosiguieron las demás.

—¿Un santo ladrón?

—Que sisa,

—Que se viste de lo de ~~otro~~ que roba.

—Que miente más que habla.

—Que es un tramposo.

—Callad—dijo el cura, y luego añadió—¿qué te parece de la letanía que te rezan, Perico?

—¡Que dicen la verdad, señor cura!—contestó el de arriba con voz enferma.

—Sacristán, arriba la escalera—dijo el cura al momento que oyó la humilde confesión del santo intruso.

Y el sastre bajó de su pedestal entre el murmullo y la risa de sus parroquianos. El pobre no sabía dónde poner los ojos, tal era la vergüenza que experimentaba.

—¿Qué quiere decir esto, señor cura?—preguntó un feligrés.

—Quiere decir—contestó Mosen Juan alzando la voz—que ninguno se haga más santo de lo que es, no le suceda lo que á nuestro buen Perico.

Desde entonces ya no eran los pantalones del sastre de retazos y, cuando se confesaba, no suspiraba por los pecados ajenos y le pesaban los propios.

FR. MANUEL SANCHO
Mercedario.

Correspondencia Administrativa

Sr. D. G. A. S.—Parres.—Pagó hasta fin de Febrero último.

Sr. D. P. R.—Obregon—Id. id. id. hasta fin Agosto 1909.

El vegetarianismo

—¿Qué es vegetarianismo?

—Es la doctrina de los que pretenden que el hombre debe abstenerse de carne y alimentarse sólo de los productos del reino vegetal, con algunos escasos del reino animal, como leche, mantequilla, quesos, huevos.

—¿Y no es esto muy extravagante?

—No tanto como á primera vista parece. En efecto, la química biológica nos enseña que el exceso de alimentación cárnea produce en nuestro organismo dos venenos. Ambos son destruidos por el hígado. Pero este órgano, abrumado de trabajo, se cansa, y finalmente sólo hace una labor incompleta. De aquí los trastornos intestinales, las dispepsias ciertas afecciones de la piel, gota, albuminuria, diabetes, cáncer, etc. Justo es decir que sólo el *exceso* de carnes produce esos males.

—¿Puede el hombre vivir sin carne?

—Perfectamente, y de hecho, muchos trabajadores del campo no la prueban nunca ó raras veces.

Ya por lo dicho en páginas anteriores, en los vegetales existen los principios albuminoides grasos é hidrocarbonados indispensables á la alimentación racional.

Ahondando ahora más el problema, vamos á comprender que la alimentación vegetal es la más conveniente al obrero y la más económica.

En efecto, al lado de la albúmina hay en los vegetales, especialmente en los cereales y legumbres, grandes proporciones de hidratos de carbono que faltan casi por completo en el régimen animal. Si hago observar que estos hidratos de carbono son el combustible por excelencia de la máquina humana (porque son de más rápida digestión y de mayor rendimiento que las grasas) que este combustible es barato y se transforma en trabajo útil que se paga, vamos que el trabajador necesita alimentación vegetal.

La misma naturaleza se encarga de proporcionar ejemplos al apoyo de éstos. ¿No son el caballo, el toro y el buey, los animales más fuertes que utiliza el hombre, precisamente á causa de esta fuerza? ¿Y cuánta carne consumen dichos animales? Tenemos un ejemplo práctico. Una yunta de toros mansos arranca por las calles de Madrid una carga de 3.500 kilos ó sea cerca de 290 arrobas. Esta fuerza colosal es el producto de dos celemines de algarrobas por cabeza, y paja.

La observación de los pueblos más robustos confirma esta doctrina. Los aldeanos rusos, verdaderos colosos, los mineros de Chile, los obreros mejicanos, brasileños, chinos, canarienses, los barqueros egipcios y griegos, los trabajadores del campo en Suecia, Italia, Suiza, Baviera, Turquía etc., sólo se alimentan de pan, frutas, legumbres y lacticinios y todos gozan de extraordinaria y renombrada fuerza muscular.

—Es verdad que entre los vegetales, los frutos constituyen el alimento mejor?

—Sí; por una razón de orden químico. Las grasas y los hidrocarburos de nuestra alimentación diaria necesitan, antes de ser quemados en nuestro cuerpo, transformarse en *glucosa*, pues esta glucosa existe ya formada

en los frutos (por eso la glucosa se llama también azúcar de frutas, de uva) y por tanto, sin previo trabajo del organismo, dicha glucosa puede ser utilizada

—Conviene hacer observar que no todos los frutos son tolerados por todos los estómagos (1)

—¿Con el azúcar de caña ó de remolacha sucede algo parecido?

—También él se transforma en glucosa, operación que realizan fácilmente nuestros intestinos. Por esta razón el obrero que ejecuta trabajos penosos debe introducir el azúcar en su ración diaria.

El soldado francés y alemán consumen diariamente 10 gramos de azúcar en tiempo de paz y 50 en tiempo de guerra, además del ya contenido en los componentes del rancho.

—¿Qué conclusión hay que sacar de lo que precede?

—La de que es un error funesto para la salud y la bolsa del trabajador esta creencia, demasiado acreditada entre la gente obrera que para estar sano y robusto hace falta comer mucha carne y beber mucho vino.

—En resumidas cuentas: vegetales y agua ¿no es eso?

—De ninguna manera, Pero me alegro de que su pregunta me permita concretar bien mi idea sobre el particular. Si insisto en la utilidad de los vegetales no es para proscribir el uso de la carne ni para condenar al obrero al régimen de los cartujos y trapenses. Lisa y llanamente quiero decir que cuando los recursos de la familia obrera no alcanzan para incluir un buen trozo de carne en la comida diaria no vaya á crear el trabajador que su vigor físico está comprometido. No; pues el reino vegetal proporciona abundantemente lo que su bolsillo y el reino animal le niegan. Ahora si su jornal le permite comer carne a diario ó cuando menos distinguir los domingos, las fiestas religiosas y de familia, la visita de un pariente ó amigo, etc., con un excelente guiso, nada mejor porque mucho tiempo aún seguirá la carne siendo un plato más grato al gusto y á nuestras costumbres que uno de lentejas.

(«La Paz Social»)

(1) Cualquiera que sea la alimentación vegetal ó animal ó mixta, conviene no olvidar nunca la importancia capital de una perfecta masticación. Bien triturados por los dientes, los alimentos son mejor atacados por los jugos digestivos y por tanto más completamente aprovechados, sin hablar de que así se evitan muchos desarreglos intestinales que son los proveedores más habituales de ganancias para médicos y boticarios.

De no menos interés es la higiene dentaria, tan descuidada entre la gente obrera. Es conocimiento elementalísimo que el aseo de la boca evita las dolorosas y costosas visitas al dentista, y juega relevante papel en la hermosura del rostro y en la pulcritud del aliento. Y todas estas ventajas son el precio de un cepillito de dos reales, un poco de carbón bien molido y agua en abundancia.

CHARLA

¡Hala!... ¡hala!... ¡hala!... ¡hala!...

—Jesús, qué demonio de rapaz, por poco mas me tira el cesto de la comida...

¡Hala!... ¡hala!... ¡hala!...—¡calla, condergau, calla; bien berrás, y eso que te di el pecho para marchar y te puse lim-

piquín?... ¡Pero qué mal se maneja una con el cesto de la comida y con el chiquillo en brazos, y por añadidura éste berrando como un cabrito. Y todos los días la misma canción; la verdad es que los pobres llevamos la vida bien arrastrada, si siquiera tuviéramos un marido como Dios manda, pero que si quieres; el mío siempre está de mal humor y echando por aquella boca sapos y culebras, sin temor á que Dios le castigue como castiga á otros... prefiero tenerlo lejos, así como así me libro con ello de algunas soberanas ¡qué hombres! Dios me libre de ellos... pero ya es tarde; á lo hecho pecho; llevemos los trabajos con paciencia ya que otra cosa no podemos hacer; este tiempo otro traerá y sino que Dios me lo tenga en cuenta cuando me vaya á El... ¡¡Las doce!... santo cielo y yo aquí todavía; toda la culpa la tuvo aquella latosa de vecina que me entretuvo contándome sus penas, como si todas no tuviéramos las nuestras, pero, bueno, yo hice una buena obra; la remedí como pude y la consolé... ¡calla, hijo, calla, no parece más que te van pinchando...

¡Hala!... ¡hala!... ¡hala!... ¡hala!...

—Otro día, otro día; hoy no puedo detenerme, ya dieron las doce.

—¿Que qué llevo aquí?... déjeme, por Dios, no me detenga; va la comida para mi marido, ¿no me conoce de otras veces?... ¿Que es V. nuevo? y yo qué le voy á hacer?... La verdad es que estos de consumos le consumen á una la mar con sus fisgonerías.

¡Hala!... ¡hala!... ¡hala!...

—Ya más de un cuarto de hora que te estoy esperando. ¡Me c...!!!

—Calla, desgraciado, calla. ¿Cómo dices eso si todavía están saliendo tus compañeros?... ¿Ves? todavía estan los pitos dando las doce...

—¿Sabes lo que te digo? que si te vuelve á suceder te va á pesar...

—Vaya por Dios qué poca paciencia tienes.

—No la necesito para nada ¿sabes? si no es para aguantarte á tí. Esto no se puede comer: frío y soso.

—El demonio te hace ver lo que no es, para alborotarte el genio.

—Bueno ¡¡callate!... Me c...!!!

—Jesús, me valga. Ya callo.

—Ya acabé con esta bazofia. ¡Ea; te estás largando.

—No eras así hace poco ¡cómo te han vuelto los periodicuelos esos que lees y los amigotes. ¿No das un beso al niño? Mira cómo te echa los bracitos.

—Déjate de pamplinas, que me están mirando los compañeros y se van á reir de mí.

—¿Vendrás hoy á casa temprano?

—¡No! Es día de cobro y no iré hasta las ocho ó las nueve.

—Con la mitad del jornal gastado. Y tan cara como está la vida. La verdad es que bien tiene una que aguantaros.

—¡Arza! Ya te estas largando. Tú no eres quién para pedirme cuentas á mí que soy el que lo gano.

—Puede que lo sudemos mas nosotras que vosotros. Qué poca consideración tenéis!... ¡Adios, hasta luego!

—¿Qué haré yo para que mi Pepe vuelva á lo que era? ¡Cómo echo de menos aquella vida de paz y cariño que antes teníamos!

Desde que se aficionó á la taberna y á esas cosas de los gobiernos está intratable del todo. ¡Dios mío, Dios mío! y así un día y otro y otro sin esperanzas de enmienda. Ya que me dais esta cruz dadme paciencia para soportarla, despues de todo nadie está sin ella.

«Compañera te doy y no sierva; ámalala como Cristo amó á su Iglesia», dice el sacerdote á los que van á recibir el sacramento del matrimonio.

Por olvidar este saludable y santo mandato se ven tantos hogares convertidos en un verdadero infierno.

PICADILLO

Estamos en Cuaresma.

Tiempo santo, y en el que tenemos que arreglar nuestras cuentas con Dios.

Es decir que tenemos obligación de confesarnos, si queremos llamarnos católicos.

Sin embargo, yo no sé si ustedes lo sabrán, pero lo cierto es, que queda bastante gente sin cumplir con la Iglesia, esto es, sin confesarse.

Y este mal, desgraciadamente, es general; sobre todo entre hombres los hay que no se han confesado desde que se casaron.

Y entre jóvenes, entre esos que fri-san entre 15 y 24 años, hay bastantes que no se han acordado de cumplir con la iglesia desde que hicieron la primera comunión.

¿Y porqué ese abandono? me preguntaba yo uno de estos días pasados.

¿Por qué esa enemiga contra la confesión?

Yo no me lo explicaba. En el confesonario á nadie se aconseja mal; allí se manda honrar padre y madre, no matar, no fornicar, no calumniar, no injuriar, no mentir, etc. etc.

¿Son malos esos mandatos?

Pues si son buenos ¿por qué no van las gentes de prisa y corriendo á confesarse?

Me arrascaba la cabeza encima de la oreja, hasta en el cogote á ver si encontraba respuesta satisfactoria á las tales preguntas, y por más vueltas que daba al asunto, siempre me quedaba con la misma duda.

¿Será acaso por que los confesonarios estén sucios, y resulte peligroso su contacto?

Pero ¡quién eso, si en caso podrían decirlo las mujeres, que tienen que confesarse por la rejilla, pero ¡los hombres! que se confiesan por delante y con nada tienen que tropezar.

¿Vaya aquí hay algo que yo no lo entiendo.

Y para entenderlo y salir de dudas y

cavilaciones fui un día á Madrid, donde dicen que hay que ir por todo y derecho, derecho me dirigí á casa de un sastré muy amigo, y muy bueno socialmente, pero que tampoco se ha confesado lo menos hace veinte años.

Le encontré con sus enormes tijeras cortando un riquísimo gaban de hermosísimo paño inglés.

Le obligué á dejar el arma y entablamos el siguiente diálogo:

—Mira, quisiera que me hablastes con toda confianza, porque vengo resuelto hoy á salir de dudas; y si tú no me las disipas iré á otra parte.

—Tú dirás.

—Tú no te confiesas ¿verdad?

—¿A eso has venido?

—Tú respóndeme, que enseguida acabamos.

—Pues te responderé. Hará veinte años que no me he confesado; desde que me casé.

—Bueno; ¿tú qué juicio has formado de la confesión? ¿Aconsejan mal acaso los confesores?

—No, por cierto, que todavía recuerdo los buenos consejos que me dieron cuando me casé.

—Pues ¿por qué no has vuelto?

—¡Eh! esa es otra cuestión

—¿Qué ha de ser otra cuestión! Es la misma. Lo que es bueno debe hacerse, lo que es malo, evitarse. Tú dices que en el confesonario se aconseja bien; además, ya sabes que es obligación de todo buen católico el confesarse siquiera, siquiera, para cumplir con la Iglesia ¿tú por qué no te confiesas?

—¿Y para preguntarme eso has venido desde Alcalá?

—Y desde más lejos hubiese venido si hubiera sido necesario. Pero tú respóndeme: ¿por qué no te confiesas?

—Quieres que te diga la verdad?

—¡Sí hombre! y te doy un abrazo enseguida.

—Pues mira; dejando á un lado todo género de excusas, pretextos y pamplicas te diré que no me confieso por que no puedo.

—¡Vaya una salida! ¿Y por qué no puedes?

—Pues muy sencillo, y solo á ti te lo digo. Mira: en estos veinte años que no me he confesado, entre metros y tijeras, lo menos, lo menos, si te he de hablar como si estuviéramos en el confesonario, me he quedado cada año con unas quinientas pesetas, que los del oficio las pasamos como legítimamente ganadas, pero que estoy seguro que en el confesonario, no pasarían.

—¡Vamos hombre! ¡acabáramos! Toma un abrazo, siquiera por lo franco que has sido. La verdad, me has quitado un peso de encima. ¿Y tú crees que toda esa gente que no se confiesa es por la misma razón?

—Toda, quizá no; pero la mayor, la inmensa mayoría, sí.

Alcarreño

CATEQUESIS

Si se debe creer lo que no puede comprenderse.—Cierta día se hallaba el Padre Lacordaire con otros muchos viajeros á mesa redonda. Nadie ignora que el P. Lacordaire era un eminente predicador, renombrado en toda Francia por su talento. En la mesa hallábase confundida toda clase de gente, y no lejos del religioso que silenciosamente tomaba su alimento, comía ó mejor peroraba un sujeto muy envanecido de si mismo y falto de la circunspección que la buena crianza enseña.

Era esto en día de abstinencia. Él parlanchín después de algunas chanzas más ó menos agudas contra la comida de vigilia, contra los devotos, los milagros, los misterios, etc., concluyó por impacientarse del poco efecto que aquellas producían en el religioso y le dirigió directamente la palabra á la vez que le presentaba parte de una tortilla de la cual acababa de servirse.

—Reverendo, le dijo con aire socarrón, yo tengo por principio no creer sino lo que comprendo... ¿No es esto razonable?

— Señor, respondió el P. Lacordaire, aceptando la tortilla que su interlocutor le había pasado, ¿comprende Ud. cómo el fuego, que derrite el hierro y el plomo, ha hecho endurecer estos huevos?

—Por vida mía, que no lo comprendo, respondió aquel *despreocupado*, sorprendido con tan singular cuestión.

—Ni yo más que Ud., dijo con finura el religioso; pero veo con placer que ésto no le impide á Ud. creer en la tortilla.

Nada más ridículo que la pretensión de los ignorantes que sostienen que no deben creer sino lo que se comprende.—*Segur, Veladas Religiosas.*

—¿Por qué hay hombres que dicen que no creen en Dios?

—Porque hay hombres que no quieren obedecerle y no pueden esperar de Él más que castigo.

¿Sabéis lo que significa en buen castellano esta grosera expresión *¡Dios no existe!*?

Héla aquí fielmente traducida: Yo soy bastante malo, y tengo miedo de que allá arriba haya alguien que me castigue.

BIBLIOGRAFIA

La Paz Social.—Esta revista, que en menos de dos años ha adquirido renombre europeo se presenta al comenzar el actual, con notables mejoras. Ha aumentado en ocho páginas su texto, ha adquirido notables cronistas extranjeros, ha reorganizado su *Secretariado social*, entrando á formar parte de él grandes prestigios de la ciencia y de la acción social. ha aumentado su sección de Legislación social concordada, y desde Enero se tira en Madrid, y en Madrid Apodaca, 5, están ya instaladas las oficinas de su Administración. El precio de suscripción es de 5 pesetas.

En el número de Enero trae un artículo importantísimo del Vizconde de Eza, que resuelve de un modo satisfactorio para los Sindicatos y Cajas rurales el pleito que tenían con la Administración pública. Todos los trabajos son de la mayor actualidad é interés y llevan firmas autorizadísimas.

Hemos recitado el Programa de los Juegos Florales que en Andújar se celebrarán el 21 de Abril próximo.

Agradecemos el envío.

La Federación de Uniones Profesionales y la Academia Literaria celebrarán en el Patronato de Obreros de Bilbao el 18 del próximo Abril un *Certamen Social y Literario* dirigiendo en el acto del reparto de premios su autorizada y elocuentísima palabra el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. Obispo de Jaca.

Agradecemos el elegante programa que para esta solemnidad se nos ha enviado.

Hemos recibido el número correspondiente al pasado mes de Febrero «Anales del Pilar» con el que gustosos dejamos establecido el cambio.

Precio calendario.

Contiene aturdante lectura de interés y actualidad, con amplia información de cuanto se refiere al culto de Ntra. Sra. del Pilar.

Nos lo ha remitido el Secretario del Patronato de la *Hospedería de Ntra Sra. del Pilar para peregrinos enfermos*, establecida legal y canónicamente en Zaragoza. Está dedicado á los amigos de esta caritativa institución; contiene datos acerca de su funcionamiento y está presentado con delicado gusto artístico.

El cartón reproduce en colores, uno de los carteles premiados en el concurso de los anunciadores de la Exposición Mariana.

Los *favorecedores* de la Hospedería que lo deseen, podrán recibirlo si envían alguna limosna con destino á esta Obra.

Contrición

Señor, á vuestras plantas reverente por intenso dolor martirizada vengo á postrarme en lágrimas bañada y hundida en el polvo la abatida frente ¡Pequé, Señor! Cobardo y delincuente Os insulté como la turba airada Os clavé en una cruz y despiadada coroné con espinas vuestra frente.

¡Perdón, Dios mío! No el horrible espanto que al alma infunde la infernal guarida me hace verter irragotable llanto:

No os amo por la gloria prometida; os temo humilde y os adoro tanto sólo por ser quien sois, ¡Bien de mi vial

PILAR DE CAVIA

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Imp. de M. Riera, (antes de «El Popular»)